

MAN

El Eterno te sustentó con Man, comida que tú no conocías, ni tus padres habían conocido jamás

Deuteronomio 8:3

Un proceso de síntesis laborioso y paciente llevó la civilización al borde de la desesperación: pulsando un sólo botón se podía destruir completamente la parte oriental de la Tierra, en el lugar de la cual quedaría una nebulosa elíptica, según los expertos no nociva para el otro lado de mundo. El creador de la arma letal, John Stanford, el científico que había contribuido más que cualquier otro al triunfo de la materia sobre el espíritu, dijo en una rueda de prensa <<que la ciencia nos había dado la fuerza y que hacía falta entonces usarla de forma inteligente para gobernar el mundo>>. El misterio de aquellas palabras sumado a la imposición del poder, predispuso a su favor los asistentes que aplaudieron, mientras yo pensaba, con una cierta aprensión, en las consecuencias de aquella inteligencia que se invocaba tan a menudo sin ayudarse de una moralidad, ya inexistente en un mundo en que todo era demasiado artificioso, incluso lo que en otros tiempos parecía haber sido simple.

A pesar de la oposición de algunos sectores de la sociedad, el gobierno construyó un edificio especial, a modo de fortaleza, con un gravado del escudo del país debajo del cual se situó el botón, que era rojo. El color no era producto del azar. Fue escogido después de largos debates, en el curso de los cuales el prestigio y la tradición del rojo, relacionado eficazmente con el peligro, se impuso por encima de otros colores, más vacíos de significación.

Cuando el botón fue conectado a un conjunto de sistemas destinados a liquidar la vida tal y como la conocíamos, constituyó, enseguida, un motivo de desazón mundial

y emergió como una arma amenazadora en un mundo dividido entre oriente y occidente, que luchaban sumidos en el caos más absoluto sobrevenido con el precipitado cambio climático, que avanzando a pasos gigantescos había afectado seriamente la agricultura superando las previsiones más pesimistas. Plagas y enfermedades desconocidas maltrataban los cultivos que el aumento de la temperatura y los cambios en los modelos de precipitaciones habían reducido. Y aunque se habían buscado plantíos alternativos más resistentes al clima cambiante, la adaptación había resultado imposible y éstos no llegaban a rendir para alimentar una creciente población empobrecida y hambrienta que luchaba para sobrevivir. Cuando la sociedad tomó consciencia de la magnitud de la tragedia, era demasiado tarde. La tierra ya no producía para satisfacer las necesidades humanas y menos las de los animales que fueron los primeros en desaparecer, y los centros de investigación -que se centraron en el desarrollo de cultivos preparados para el nuevo clima y la aplicación de riegos suplementarios imposibles cuando las plantas desanilizadoras sólo producían agua para el consumo básico- vieron fracasadas sus perspectivas de éxito, quizá porque por aquel entonces en aquellas tierras erosionadas, degradadas, anegadas, salinizadas y desertizadas, ya no quedaban agricultores dispuestos a escuchar como utilizar los recursos de manera eficiente. El instinto de supervivencia los había arrastrado a abandonar aquel medio de vida tradicional y las pocas reservas de producción que se concentraban en oriente eran motivo de disputas para aquellos que ya no les importaba dominar la tierra sino obtener el alimento básico que nacía de ella. Fue entonces cuando el emperador y doctor Wu-Wei, después de años de investigación sobre una alimentación alternativa, pudo ver cumplido su gran deseo de cambiar el mundo a través de su invento, el llamado *Man* que surgió como la solución al gran problema mundial.

Siete décadas después de que fuera comercializado, nada conocería de aquellos tiempos, si mi abuelo no me hubiese narrado con esas mismas palabras, digitalizadas y guardadas a buen recaudo, aquellos sucesos tabúes que como una mancha en la historia de la humanidad no habían trascendido, y no me refiero a los conflictos que afloraron cuando el hambre acechó el mundo, sino a la plácida anterioridad en que agricultores, ganaderos y pescadores habían hecho de su antiguo oficio un modo de vida. Ningún rastro, ni recuerdo quedaba de aquellas gentes, ni de los frutos de la tierra que tan sólo habían quedado fosilizados petrificados en los grandes monumentos, o en forma de otras obras de arte que pendían de los museos como si aquel pasado de valientes que surcaban los mares alimentando la humanidad de sus profundidades, y de pequeños dioses de la tierra y de los animales, se hubiese convertido en un mundo prohibido de antihéroes que sólo habían existido en las fantasías de los artistas. La evolución hacia la deshumanización los tildó de inútiles, y si algún valiente arraigado al antiguo oficio había decidido no abandonar fue bandeado irremediamente con la aparición del *Man*, la píldora alimenticia que contenía todas la vitaminas y proteínas sintetizadas necesarias para vivir saludablemente y inmune a todas las enfermedades, sin perder tiempo en comer y que además era suministrada por un módico precio, de manera que con el invento se había puesto fin al eterno problema del hambre en el mundo y por otro lado, la gula había dejado de ser un pecado capital en el planeta Tierra, porque aunque la píldora alimenticia produjese un enorme placer en contacto con la lengua, equiparable a manjares de porciones nectáreas, no se podía abusar de su consumo que estaba limitado a tres tomas diarias. Aquel que ingería una de más padecía automáticamente por sobredosis. Así no hacía falta invertir en controlar. Uno mismo decidía, aunque el concepto romántico del suicido, muy en auge en la sociedad del momento, se confundía con la adicción a la pequeña pastilla roja.

Flanqueado bajo estrictas medidas de protección, el *Man* se fabricaba en el imperio Zi Cheng una ciudad, rodeada por una gruesa y interminable muralla, a la que se había bautizado como La Ciudad Púrpura, haciendo referencia a la Constelación Luminosa Púrpura en la que la Estrella Polar, al igual que el emperador de la Tierra, se encontraba en el centro. Pero nada más os puedo contar de aquella fortaleza porque su interior era perfectamente desconocido para todos.

No fue hasta demasiado tiempo después, que las grandes potencias entendieron el verdadero poder del *Man*, que se introdujo sutilmente ante el escepticismo de un importante número de dirigentes y ciudadanos que lo calificaban de moda pasajera. Pero a pesar de la oposición, las píldoras rojas supusieron el fin de la ya moribunda industria alimenticia. Las sociedades del mundo lo aceptaron tan solo llevándose a la boca y los contrarios al invento no tardaron en caer en la tentación de probar lo que otros calificaban de manjar de Dioses. Así desaparecieron los grandes supermercados de estantes ya vacíos, los caros restaurantes y toda aquella industria relacionada con lo que hasta entonces se había comido. Y a mis padres, dueños de una gran cadena de hipermercados, se les concedió, en compensación por la gran pérdida que les acarreaaba aquel cambio de vida, el poder de suministrar el *Man* que suplió aquellos manjares que supeditaban a rascar la tierra como se había hecho desde la Edad de Piedra y a matar otras especies. Un pasado demasiado cercano que los de nuestra generación habíamos aprendido a identificar como algo sumamente asqueroso y primitivo frente a la limpia, minimalista y pura píldora roja que nos hacía más humanos.

De hecho, tras el invento todo transcurrió con una relativa tranquilidad, hasta que solucionado el problema del hambre en el mundo volvieron a sobrevenir los conflictos que acentuaron nuevas disputas entre oriente y un irado occidente que amenazó con pulsar el botón rojo si los del otro lado no desvelaban el secreto de la

fabricación del *Man*. Pero el emperador Wu-Wei, que por aquel entonces tenía una arma aun más poderosa que aquel botón, mostrando su omnipotencia, frenó la exportación de la píldora. No fue hasta aquel preciso momento que nos dimos realmente cuenta de la importancia de aquella pequeña porción de pasta de la que todos dependíamos, que las ciudades se sumieron en un nuevo y irremediable caos. En uno de los altercados que formaban parte de la cotidianidad la distribuidora familiar fue asaltada y mis padres murieron al no querer revelar donde se encontraban escondido el poco *Man* que tenían en depósito. Se llegó a matar por una maldita pastillita de aquellas, roja como el botón protector del que tantas imágenes nos habían llegado, recubierta por una fina capa acharolada en la que uno podía verse reflejado cuando iba a engullirla.

Tras conocer la muerte de mis padres, ya nada me retenía entre aquel desorden, sólo Gina a quien convencí para que me acompañase en mi salida de aquel mundo. Fue fácil, ella me hubiese seguido a cualquier parte. Sé que me amaba con locura. Juntos partimos con una reserva de ciento ochenta porciones de *Man*, las únicas que pudimos reunir y que nos permitirían vivir durante poco más de un mes.

Fueron seis días de viaje. Nos dirigimos al Valle Oscuro, un lugar recóndito situado entre escarpadas montañas, donde mi familia había conservado generación tras generación lo que se llamaba una casita de campo situada en una colina insertada en lo hondo del valle rodeada de colosales piedras gigantescas que parecían runrunear en las noches de tormenta, o por lo menos aquel era el vago recuerdo que tenía de aquel lugar que había visitado una única vez, cuando todavía era un niño, y que jamás había podido olvidar, pero donde no pude volver porque quedó vedado por la autoridad del gobierno, quien ordenó, después de que el éxodo rural hubiese despoblado el campo, que todas las grandes ciudades fuesen rodeadas por altas murallas de hormigón custodiadas por sus ejércitos con el fin de proteger a los ciudadanos del medio agreste que se escondía en el

otro lado. Después de más de treinta años el caos me había permitido escapar con Gina a través de una de las puertas de emergencia que había quedado desmagnetizada, pero que nadie se atrevía a cruzar, quizá porque la píldora saciante no se encontraba ahí fuera, sino un temido y desconocido mundo salvaje.

A medida que nos alejábamos de la ciudad, un horizonte desértico se extendía ante nosotros como una interminable alfombra de arena que parecía alcanzar el límite máximo del infinito. En medio de la nada, la reserva de agua potabilizada con la que cargamos a cuestas, fue nuestra salvación. Decían que no se encontraba más allá de la muralla, y aquella parecía una realidad que nos acechó aquellos cuatro primeros días. Pero a medida que nos acercábamos al destino que marcaban las coordenadas, el suelo polvoriento se elevó formando agrestes montañas y descubrí entonces, el tenue color verde que cubría aquella región surcada por un fino riachuelo de aguas claras.

Cuando la línea roja me indicó que llegábamos al final del itinerario, mi vista no alcanzaba ver ningún lugar habitable. Hasta que vislumbré entre la fina neblina, la casita de madera gris que se elevaba sobre la cuesta de una colina que descendía hasta aquella gran masa de agua dulce que jamás había olvidado. La entrada principal se escondía detrás de plantas trepadoras que apenas dejaban verla. Aparté la maleza y encajé la vieja llave que durante años se había conservado como un objeto curioso. Crujió y después de resistirse ésta se abrió y ante nuestros ojos apareció una singular estancia que identifiqué porque mi abuelo me había explicado que aquella habitación, antiguamente formaba parte todos los hogares y que él aun las había visto utilizar cuando todavía era un niño, pero que al desaparecer tras el descubrimiento del *Man*, sólo se podían ver en algunas imágenes digitales que posteriormente se esfumaron para siempre. Fue en aquel preciso lugar donde hacía más de treinta años, me había contado que en tiempos no muy lejanos, nuestros antepasados se nutrían de animales aprisionados en jaulas o

departamentos, a los que alimentaban para poder devorarlos y de los vegetales que arrancaban de la tierra, algunos de los cuales se hacían comestibles a través del calor del fuego, justamente en el interior de aquella sala destinada a preparar lo que había suplido el *Man*. Aquellas palabras me parecían increíbles porque no figuraban en ninguna otra parte, ni me habían sido contadas jamás por nadie que no fuese mi abuelo, quien respondía a mi escepticismo alegando que formaban parte de un pasado de primates que se había querido enterrar. Aquellos recuerdos llegaban a mi mente mientras contemplaba aquellas hileras de armarios y estantes llenos de curiosos artilugios y me imaginaba aquel espacio ocupado por científicos preparando aquel otro *Man*. El sitio estaba lleno de extraños objetos que no identificábamos. Recipientes metálicos con tapadoras, mangos y asas, potes de cristal llenos de lo que parecía hielo de color miel, y una sustancia gomosa del color de la sangre reseca, etiquetados con nombres extraños: “Miel de flores” y “Mermelada de ciruelas”, entre tantas formas de decir desconocidas para nosotros.

En aquel entorno desprotegido pero tranquilo el aire parecía más puro y la agreste naturaleza ofrecía una imagen que removía dentro de mí emociones novedosas que no me imponían miedo, sino contrariamente una sensación de paz que aumentó cuando dejaron de llegar imágenes de lo que sucedía en el mundo y me desprendí entonces de cualquier artefacto tecnológico del que antes no habría podido separarme. Delante de tanta belleza, todo lo que provenía de aquella ciudad gris, en la que había crecido como un títere dependiente, me parecía una pesadilla oscura y lejana que intentaba evadir rascando la tierra, oliendo y bañándome desnudo en el lago con mi Gina. Allí, en aquel lugar, lejos de todo, supe que yo también la amaba, quizá porque cuando notas que la vida se acerca a su fin, y decides vivir tus últimos días en libertad, todo se siente más intensamente.

Aun sintiendo que nuestras vidas se agotaban como un reloj de arena, fuimos felices en aquel, nuestro nuevo hogar, una buhardilla, el punto más alto de aquella casita de madera, que nos ofrecía una preciosa panorámica del valle. Dormíamos allí, entre raros trastos desconocidos y baúles polvorientos que nos descubrían antiguos libros, de los de formato en papel impreso que se podían encontrar en los anticuarios. Entre ellos me llamó la atención un manual de horticultura que empecé a leer con un especial afán porque desvelaba el secreto del dominio del medio agreste. Y mientras sus explicaciones me descubrían como infundir vida, me preguntaba si aquellos frutos de la tierra que veía plasmados en imágenes de papel, realmente habían desaparecido o se encontraban escondidos en algún espacio remoto. Por aquel entonces sólo nos quedaban porciones de *Man* para ocho días y nuestra capacidad de aprender se veía eclipsada por una angustia que aumentaba a medida que se agotaban las reservas. Recuerdo el día que tomamos la última píldora. Habíamos oído que podíamos vivir una semana sin comer, pero no sabíamos que un delicado estado de dependencia nos empezaría a martirizar al cabo de veinte y cuatro horas. Nunca había oído como se fenecía de inanición, pero sin duda aquella estaba siendo una muerte horrible y, aun teniendo uso de razón, pensé que quizá hubiese sido mejor optar por la sobredosis. Sufríamos alucinaciones, temblores, escalofríos y el sudor sobre mi espalda era como una capa de escarcha. Sentí durante aquellas largas horas un tremendo deseo de ingerir una pastillita de aquellas y la visión del rojo del *Man* se mezclaba con imágenes en que me veía comiendo con mis antepasados, devorando animales, tragando semillas, raíces, y hurgando en aquellos potes de cristal que se cruzaron en mi mirada. Y no sé si fue la desesperación, la divina providencia o quizá el instinto de supervivencia instigado por el miedo lo que me incitó, inmerso yo en un estado catatónico, a ponerme de puntillas delante de aquellos estantes repletos de envases y estirar mi brazo hasta palpar la fría finura del cristal recubierto de

filamentos de telarañas que arrastré hacia mi, y que sujeté entre mis manos mientras en su interior se oía el chapoteo de espeso líquido enclaustrado, que los cada vez más intensos espasmos hicieron resbalar de mis manos para estallar entre mis pies. Entonces emergió de aquella masa violácea un potente aroma que me incitó de forma refleja a hundir mis dedos en aquella sustancia pegajosa que me llevé a la boca. Recuerdo que grité cuando aquello se esparció por mi lengua y que Gina asustada abrió sus preciosos ojos negros que pedían que no la dejase sola en medio de la nada. Y volví a clavar mis dedos en aquella pringosa masa y, para que me comprendiese, los metí en su boca. Aquel día abandonamos el estado de cuerpos moribundos para iniciar una nueva vida en aquel valle. Empezamos a comer de aquellos antiguos productos que aún habiendo pasado los años conservaban todo su sabor, hecho que nos hacía pensar que aquello era algo divino. Más adelante descubrimos, a través del manual de horticultura abandonado en la buhardilla que todo aquello había nacido fruto de la tierra, de unas semillas que, retenidas en la mente, buscamos como algo muy valioso que encontramos ensacado en el sótano de la casa y que sembramos según el calendario lunar para recoger el fruto que nacía como un espectáculo sublime. Fue entonces cuando aprendí que lo realmente importante de un árbol no es el fruto, sino su semilla, y descubrí que lo que parecía antihumano era lo que la madre naturaleza nos brindaba, la magia de la vida vegetal y humana. La simbiosis entre el nacimiento y la muerte, esencia del ciclo vital que no llegué a sentir plenamente hasta el día que Gina me dijo con una media luna en los labios que sería padre. Yo se la devolví, y al cabo de 8 meses Nadia nació, y su madre pudo contemplarla solo unos instantes quedándose amarada de sudor como las flores marchitas expuestas a las lluvias de verano que teñían de rojo los alrededores de la casa, serena, con aquella sonrisa cálida dibujada en sus labios como si la muerte la hubiese sobrevenido en un momento de felicidad, fría, sin el halo de vida que había regalado.

La niña tenía la piel tan transparente y el cabello tan claro, que sólo se le distinguía cuando el sol se lo doraba. Era tan bonita y frágil que temía que aquel lugar donde la selección natural no podía ser sustituida por la técnica también se llevara a mi Nadia. Comprendí entonces que nos habíamos alejado demasiado de la madre naturaleza y que aquella lejanía nos había conducido a la pérdida de su tutela convirtiéndonos en huérfanos o en creadores, dependiendo de los planteamientos y de la capacidad de los humanos de responsabilizarnos de nuestro destino. Y no sé si fue el temor a aquel mundo que no podía dominar o el afán de contar que podía haber algo más que el *Man* con el que se nos había esclavizado, lo que me llevó a volver a mi antigua casa. Tomé provisiones y me dispuse a emprender el viaje de vuelta, pero al llegar tan sólo me esperaba un desolador paisaje. La muerte se olía entre las calles desérticas de aquella fantasmagórica ciudad llena de cuerpos sin vida. Comprendí que el anciano Wu-Wei se había servido del botón rojo en forma de gragea para exterminar la población, como si no había extinguido occidente sin destruir ni un solo edificio. Supe, entonces, que el emperador había sabido utilizar ingeniosamente la maltratada madre naturaleza para tener poder sobre cualquier alma a través del *Man*, el manjar divino aparentemente inofensivo. No sé si alguien más sobrevivió al exterminio, ni si el botón rojo finalmente cumplió su fin y así los dos mundos se autodestruyeron. Pero hace más de cuarenta años que vivo con mi Nadia en el Valle Oscuro, de la tierra, de los animales que aún existen y nunca jamás he vuelto a ver a uno de nuestra especie. Pero no añoro la civilización, más bien la repudio cuando viejo y cansado observo el espectáculo del amanecer mientras me digo que quizá, lo que la naturaleza no necesitaba era el hombre.